

El futuro de las regiones: autonomía sin fronteras*

Felipe Torres Torres*

Las regiones se estructuran secularmente según rasgos de afinidad económica, cultural, natural, de infraestructura (de acuerdo con la intensidad espacial de flujos de personas y mercancías); son por lo tanto una construcción histórica a la cual se adicionan diversos rasgos a lo largo del tiempo; ello conforma la verdadera idiosincrasia regional, el sentido de pertenencia geográfica y la reacción social a proteger un entorno espacial que se considera propio.

A los componentes señalados se agrega gradualmente el ingrediente político (surgido del interior, pero que en la mayoría de los casos se impone desde el exterior a la región), lo cual da lugar a la formación de regiones administrativas, aunque esto, en el caso de estados nacionales con decisiones centrales, expresa más bien una delimitación espacial artificial que tarde o temprano se rompe porque una centralización mal calculada margina a las regiones reales de la distribución equitativa del ingreso y la dinámica del desarrollo, limitando de paso la posibilidad de una autonomía propia, base esencial para mantener una integración nacional armónica.

El planteamiento esbozado se expresa claramente en países como México, que ha mantenido, a lo largo del tiempo, una integración regional proclive a los intereses del núcleo central, principalmente de la ciudad de México y no más de tres ciudades de rango nacional que reproducen a escala los vicios administrativos propios del poder central. Este tipo de integración a través de estados confederados incluye, hoy en día, además del descontento secular, los primeros visos de agotamiento de integración ante las decisiones centralizadas

del poder político que coartan los procesos democráticos y la participación de los grupos locales, la insuficiencia de infraestructura básica para el bienestar, la succión de los recursos naturales hacia el centro con escasos beneficios locales y la marginación del desarrollo nacional en diversos grados que no permiten a las regiones expresarse y crecer de manera autónoma.

Dados los efectos que genera en la marginación regional, la centralización provoca la mayoría de los conflictos sociales encaminados a reclamar mayor justicia, los cuales reivindican en el fondo la necesidad de que las regiones tomen sus propias decisiones fuera del poder central. Estos movimientos, cuando emergen, generalmente son sofocados por el centro antes de plantear alternativas para una mejor armonía espacial nacional.

La problemática que entraña la ausencia de autonomía regional en cada una de sus esferas ha sido claramente percibida por los gobiernos pre y posrevolucionarios, sin embargo, la resultante de la misma sigue vigente: se ataca pero no se resuelve. De esta manera, las medidas de "cualquier tipo" y a "cualquier costo" han servido para mantener un cierto equilibrio pero no una consolidación regional; más aún, son ya a todas luces insuficientes para mantener la integración nacional; situación especialmente complicada si tenemos en cuenta la inminente entrada a la *globalización*, junto con conflictos armados localizados y la casi segura marginación de las inversiones externas, y por lo tanto del desarrollo de amplias regiones del país.

Las recientes reivindicaciones políticas de buena parte del espectro regional en México, si bien obedecen a una tendencia mundial que viene fracturando países enteros, en el fondo refleja buena parte del fracaso de las políticas de desarrollo regional interno, asociadas a una política económica más general que se revela como incapaz para generar una dinámica propia en las regiones, para canalizar inversiones y aprovechar la potencialidad de los recursos de cada espacio. En todo caso habrá que preguntarse si son las políticas económicas que ignoran la importancia del componente espacial, o las propias decisiones de distribución del poder político sin respeto a las fuerzas locales, las que agotaron gradualmente la estabilidad regional, poniendo en peligro un proyecto de nación.

Hasta donde se conoce, previo a la conquista, antes de que se presentaran los primeros visos de integración nacional, las decisiones económicas y políticas estuvieron igualmente centralizadas; ello provocó que no cuajara la unidad regional en el Altiplano Central, de tal

* Estas reflexiones se inscriben en el proyecto "Agricultura orgánica y sus vínculos con el mercado internacional", financiado por DGAPA-UNAM.

• Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

manera que facilitó la conquista española. En la época virreinal ocurren los primeros intentos de integración nacional, pero ésta se logró apenas con el sometimiento para la extracción de recursos, lo cual no generó un desarrollo regional consolidado; en cambio facilitó el poder central tanto de la Colonia como de la Metrópoli. Esto marcó de hecho la organización espacial posterior del país, que generó una escasa integración regional interna, y orientó el desarrollo de la infraestructura para servir al exterior según la movilidad de las mercancías. El desarrollo fue de tipo extractivo más que dinamizador del crecimiento y la consolidación regional.

Dada la interminable cadena de conflictos político-militares internos, que en mucho reclamaban reivindicaciones regionales, junto con invasiones extranjeras al país, la integración regional en el México Independiente fue débil, lo cual no pudo ser revertido ni con las masivas inversiones en infraestructura durante el gobierno de Porfirio Díaz que, dicho sea de paso, presentaban un alto contenido centralista, tanto desde la perspectiva del crecimiento como del desarrollo político.

Las políticas económicas posteriores a la revolución, incipientes o no, aprovecharon la inercia de la centralización para incidir en una mayor concentración de la inversión que obedecía a las ventajas de la infraestructura acumulada. Fuera del Presidente Cárdenas, quien promovió una reforma agraria amplia, un desarrollo agroindustrial y un mayor flujo de inversiones hacia el campo que se tradujeron en una autonomía económica relativa para las regiones, otros gobiernos, si bien es cierto que desplegaron importantes planes regionales, finalmente lo hicieron con capitales volátiles sin perspectiva de largo plazo, y que en el fondo podemos interpretar también como un claro desprecio del capital privado al desarrollo regional del país. El resultado es que, fuera de algunas subregiones que se han desarrollado y crecido en torno a algunos núcleos urbanos, lo que más bien tenemos en el país es un desarrollo regional trunco que refuerza más al centro, tanto desde la perspectiva económica como política, y empobrece a las regiones y las hace proclives al conflicto que después se intenta sofocar desde el centro.

Las políticas económicas posteriores a 1940 expresan nítidamente cómo, mediante una política de industrialización centralizada, la ciudad de México creció demográfica y físicamente más que ninguna otra, concentró la inversión, la infraestructura y reforzó su papel de centro de atracción de primer orden a nivel nacional. Desde la óptica

política, reforzó también un poder político centralizado, imponiendo desde aquí dirigentes ajenos en diversos entornos regionales que ahora han venido generando protestas incontenibles y ya no pocos enfrentamientos. Sólo en algunos casos respetó los poderes que habían surgido con fuerza desde dentro de las regiones, pero cuyo costo ha sido la consolidación de una estructura de tipo caciquil que sirve para reforzar los intereses del centro en tanto que surgen de una conformación política vertical y permisiva.

Lo antes expuesto ¿significa una política equivocada? La respuesta inmediata es que sí lo es, tanto desde la perspectiva del equilibrio espacial-social, del equilibrio económico y también del equilibrio político.

Se supone que conforme se consolidara la política económica de corte neoliberal se corregirían automáticamente los desequilibrios regionales en la medida que el capital tendría más libertades para invertir; sin embargo, al no respaldarse en una planeación efectiva que racionalizara los costos y las posibilidades reales de aprovechamiento de los recursos naturales, y al no contar con estímulos fiscales suficientes que alentaran la dinámica de las inversiones, profundizó los desequilibrios regionales y llevó a la ruptura de un poder político que parecía monolítico, o que más bien se mantenía en función de la fuerza del centro y la escasa capacidad de las regiones para reivindicarse.

La política económica de corte neoliberal provocó, por lo que se observa (en el desmantelamiento de la estructura productiva industrial, en la caída del sector agropecuario, en el estancamiento de la innovación productiva y en el rompimiento del equilibrio político centro-región), un rompimiento de la unidad espacial nacional. La situación, si bien problemática, aún no alcanza la calificación de gravedad extrema porque todavía no existe un desencadenamiento generalizado de la violencia, fuera de las zonas tipificadas del narcotráfico o algunas subregiones ubicadas en la franja de pobreza extrema.

De cualquier manera, la ecuación a resolver es cómo romper con la inercia que atenta contra la unidad nacional en la medida que ninguna región, así se independizara política y económicamente, resolvería por sí sola su propia problemática económica, su autonomía política, ni tendría garantizada la democracia.

Ante ello es necesario fortalecer la unidad nacional con independencia regional, condensando todas las propuestas de desarrollo, ya que con la consolidación del Tratado Trilateral de Libre Comercio (TTLIC) indudablemente estaríamos hablando de otra dimensión regional; es decir, en todos los sectores habría regiones ganadoras y perdedoras en términos de flujo de inversión.

Sobre éstas últimas habrá que diseñar estrategias de desarrollo con base en la vocación productiva, la potencialidad de los recursos naturales, la diversificación y las insuficiencias mismas que se tienen y que al no plantearse provocan el fracaso de proyectos de desarrollo. Así, la soberanía económica, integrada a una política de desarrollo regional, llevaría a la autonomía económica y a la democracia, ese es el desafío. Fortalecimiento económico y autonomía política son ingredientes indispensables para evitar la desintegración nacional y regional en un contexto donde las fronteras regionales y nacionales tienden a desaparecer y que pueden provocar peligros para la estabilidad interna.